

La Personalidad del Espíritu Santo

Antes que uno pueda comprender correctamente la obra del Espíritu Santo, primero debemos conocer el Espíritu mismo. Una fuente frecuente de horror y fanatismo acerca de la obra del Espíritu Santo es el intento de estudiar y entender su obra sin primero conocerle como una persona.

Es también de mucha importancia desde un punto de vista práctico que decidamos si el Espíritu Santo es una persona divina, digno de recibir nuestra adoración, nuestra fe, nuestro amor, y nuestra completa entrega a el, o simplemente una influencia emanando de Dios o un poder o una iluminación que Dios nos imparte. Si el Espíritu Santo es una persona divina, y no lo conocemos como tal, entonces le estamos robando a un ser divino de la adoración y la fe y el amor y el sometimiento que se le debe.

Es también de mucha importancia desde un punto de vista práctico que nosotros decidamos si el Espíritu Santo es solamente un poder misterioso y maravilloso que nosotros tenemos, y que en nuestra debilidad e ignorancia, de alguna manera lo podemos usar o que el Espíritu Santo es una persona real, infinitamente santa, infinitamente sabia, infinitamente poderosa e infinitamente amorosa a quien podemos tener y El usarlos. La primera concepción es profundamente impía, y no difiere del pensamiento de un adorador de un dios africano que puede usar a su dios. La última concepción es sublime y cristiana. Si nosotros pensamos del Espíritu Santo como muchos lo hacen, meramente un poder o influencia, nuestro constante pensamiento sería, "¿cómo puedo tener más del Espíritu Santo? pero si pensamos de El en la manera bíblica como una persona divina nuestros pensamientos serían de esta manera, "¿cómo puede el Espíritu Santo tener más de mí?"

La idea o concepción del Espíritu Santo como un ser de influencia divina o poder que de alguna manera lo tomamos para usar, nos lleva a la propia exaltación. Una persona que piensa así del Espíritu Santo y que a la vez imagina que ha recibido el Espíritu Santo, inevitablemente se llenará de un orgullo espiritual como si perteneciera a alguna orden superior de cristianos. Frecuentemente se escucha decir, "Yo soy un hombre lleno del Espíritu Santo" o "Soy una mujer que llena del Espíritu Santo".

Pero si nosotros logramos entender que el Espíritu Santo es una persona divina de majestad infinita, gloria, santidad, y poder quien en una superioridad maravillosa ha venido nuestros corazones a hacer su morada, a habitar allí y tomar posesión de nuestras vidas y usarlas, nos pondrá en el polvo y no mantendrá en el polvo. No puedo pensar en algo más humilde o más arrollador que el pensamiento de una persona de majestad divina y gloria que moran en mi corazón y esta listo para usarme.

Es de mucha importancia desde el punto de vista de la experiencia que nosotros conozcamos al Espíritu Santo como una persona. Miles y miles de hombres y mujeres pueden testificar de la bendición que ha venido a sus vidas cuando ellos han reconocido y conocido al Espíritu Santo. Ellos han conocido al Espíritu Santo no meramente como una influencia de gracia (emanando, es verdad de Dios) sino como una persona real, así tan real como es Jesucristo mismo. El es un amigo poderoso amante siempre presente ayudador que no solamente está allí para ayudarnos, pero que mora en nuestros corazones

cada día y a cada momento. El está listo para enfrentar cualquier emergencia de la vida. Miles de ministros, trabajadores cristianos y cristianos en las esferas más humildes de la vida han hablado y han escrito de la completa transformación de su experiencia cristiana que vino a ellos cuando tomaron el pensamiento nos meramente de una experiencia religiosa sino de que el Espíritu Santo es una persona.

Prueba #1 El Carácter del Espíritu Santo

Todas las características distintivas de personalidad son atribuidas al Espíritu Santo en la Biblia. ¿Cuáles son estas características o marcas de personalidad? Conocimiento, sentimiento o emoción y voluntad. Cualquier persona que piensa, siente y tiene voluntad es una entidad. Cuando nosotros decimos que el Espíritu Santo es una persona hay aquellos que entienden que el Espíritu Santo tiene manos, pies, ojos, oídos y boca y muchas otras cosas, pero éstas no son características de la personalidad si no que es una sustancia del cuerpo. Todas estas características o marcas de personalidad son repetidamente atribuidas al Espíritu Santo en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Leemos en I Corintios 2:10-11:

“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. Por qué ¿quien de los hombres sabe las cosas del hombre, si no el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios

Aquí, el conocimiento es atribuido al Espíritu Santo. Claramente se nos enseña que el Espíritu Santo no es solamente una influencia que ilumina nuestra mente para comprender la verdad sino un ser quien el mismo conoce la verdad. También leemos en I Corintios 12:11: “pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Aquí, la voluntad es atribuida al Espíritu Santo y se nos enseña que el Espíritu Santo no es un poder para que nosotros usemos de él de acuerdo nuestros deseos sino una persona de majestad soberana quien nos **usa** de acuerdo a su voluntad.

Esta distinción es de importancia fundamental en nuestro aprendizaje de relaciones correctas con el Espíritu Santo. Es en este punto que muchos buscadores honestos de poder y eficiencia en el servicio se alejan del servicio a Dios. Están batallando para alcanzar posesión de algún poder misterioso que ellos puedan hacer uso en su trabajo y de acuerdo a sus propios deseos. Nunca tendrán posesión del poder que buscan hasta que pueden entender que no existe algún poder divino para poder usarlo en su ceguera e ignorancia, sino que es una persona, infinitamente sabia como también infinitamente poderosa, quien está deseosa de tomar nuestra vida y usarnos de acuerdo a su propia y perfecta voluntad.

Cuando dejamos de pensar de esta manera, debemos regocijarnos que no existe un poder divino que nosotros, tan ignorante y tan susceptible a errar, podamos usarlo. Cuán poderosos serían los resultados si nosotros pensáramos así. Pero que gozo más santo vendrá a nuestros corazones cuando comprendamos que hay una persona divina, uno que

nunca falla, y que está dispuesto a usarnos, impartimos dones como él desea y usarnos de acuerdo a su sabiduría y amor divino.

Cuando leemos en Romanos 8:27 “mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intensión del Espíritu porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”. En este pasaje “mente” es atribuido al Espíritu Santo. La palabra griega “mente” es una palabra comprensiva incluyendo la idea de pensamiento, sentimiento y propósito. Es la misma palabra usada en Romanos 8:7: “por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios por qué no se sujetan a la ley de Dios ni tampoco pueden”, Así que en este verso todas las marcas distintivas de personalidad están incluidas en la palabra “mente” y son atribuidas al Espíritu Santo.

Encontramos la personalidad del Espíritu Santo que se nos muestra en una manera muy sugestiva en Romanos 15: 30 “pero os ruego, hermanos, por nuestro señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mi a Dios.” Aquí tenemos “amor” atribuido el Espíritu Santo. Deberíamos para y estudiar estas cinco palabras: “El amor del Espíritu.”

Nosotros siempre moramos en el amor de Dios el Padre. El es el objeto de nuestro pensamiento diario y constante. Nosotros moramos en el amor de Jesucristo el Hijo. ¿Quién podría llamarse asimismo cristiano si no ha pasado el día sin meditar en el amor de su salvador? ¿Pero cuán a menudo hemos meditado sobre el amor del Espíritu Santo?

Cada día de nuestra vida, si estamos viviendo como debe vivir un cristiano, arrodillándonos en la presencia de Dios el Padre, mirándole cara a cara y diciéndole: “Gracias Padre, por tu gran amor que me diste de entregar a tu hijo Jesucristo a morir en la cruz del Calvario por mí” Cada vez que oramos a Jesucristo y le decimos: “Glorioso Jesús, Hijo de Dios. Gracias por tu amor y por no mirar a nuestra bajeza, te despojaste a ti mismo y dejaste la gloria del cielo para tomar mis pecados y tomar mi lugar en la cruz del Calvario” Pero cuán a menudo nos arrodillamos a decirle “Espíritu Santo, eterno e infinito Espíritu de Dios, gracias por tu gran amor que te hizo venir a este mundo de pecado y tinieblas y buscarme y seguirme pacientemente hasta traerme y ver la ruina en la cual estaba y que necesitaba un Salvador y me revelasteis a Jesucristo como mi Salvador” Debemos nuestra Salvación al verdadero amor del Padre, de su hijo Jesucristo, pero también al Espíritu de Dios.

David Soto-Valenzuela
Julio 2006